

• 1 •

Antes de jugar con fuego, piénsalo dos veces.

«Sugar». Robin Schulz

—O sea, que ahora ya estoy fuera del *target* de mujeres a los que nos dirigimos. Tela cojones. Recordad que solo en España hay más de 4 millones de cuarentonas nacidas del *baby boom*. ¿Qué vais a hacer entonces? ¿Dejar de vestirnos? ¿Lanzarnos directamente a la basura para que nos recojan *Zara* o *H&M*?

—Tess, solo se quiere rejuvenecer la colección. Ir hacia un estilo más desenfadado, más *fashion*, más acorde con nuestro espíritu de empresa joven y dinámica —contestó Luis, mi jefe.

Joven y dinámica. Su puta madre. Si la mitad de los directivos habían convivido con los dinosaurios y la otra mitad tenían menos dinamismo que una tortuga con muletas...

Pero bueno, un montón de consultores, que habían gastado mucho dinero en sus másters (y por eso ahora la empresa para la que trabajaban nos cobraba lo que nos cobraba por hora) había decidido que el plan estratégico a 5 años se basaba en dirigirse a un público de entre 25 y 35 años, mujeres jóvenes y dinámicas: las *It girls* fruto de la era digital, las *bloggers*, las *fashionist*, *Instagram*, el *Street style* y su madre en vinagre.

Así que nada: vuelta a empezar con la elección de tejidos, patrones y modelos, y por lo tanto vuelta a empezar también con las previsiones de compra y de venta, y de las necesidades

de financiación para los próximos meses, que era de lo que yo me encargaba.

El *fast fashion* ya me estaba empezando a tocar las narices, y eso que no hacía ni un año que había cambiado de empresa. Con lo bien que estaba yo llevando las finanzas del apasionante y tranquilo mundo de los tornillos y las amoladoras. Un mundo donde los cambios más emocionantes del año llegaban de la mano de los muebles de exterior en «Renueva tu jardín», en verano, o de las estufas y calefactores en la campaña «Calor de hogar» en invierno.

—¿Y para cuándo las nuevas previsiones de compra? —le pregunté con cierto ríntintín.

—Lo antes posible. Ya sabes que «esto es moda».

«Esto es moda». Su puta madre otra vez. «Esto es moda»: la frase más repetida en esta empresa a lo largo del día. No controlamos el presupuesto logístico. Tranquila, «esto es moda». Ostras, nos desviamos de la inversión en medios en tres millones de euros. No te preocupes, «esto es moda». Hay un reventón en el baño de mujeres y se está llenando de excrementos el archivo que hay al lado. No pasa nada, «esto es moda».

Sonó el teléfono de mi mesa, era Laura.

—Subo a verte. ¿Te va bien?

—¿Estás loca? Son las dieciocho treinta, hora de la estampida del rey león. ¿Quieres morir intentando subir por las escaleras mientras mil personas bajan como locas hacia la salida?

—Anda, pero qué burra eres —oí cómo soltaba una carcajada—. Pues nada, ya lo vemos mañana. ¿Voy en media hora y nos vamos?

—Perfecto, en media hora estoy lista.

Laura es madrileña y consultora. Morena, delgada, con esas caras con carácter, pero con un atractivo y un estilazo que pocas veces he visto. Siempre le digo que para mí es un tema geográfico:

—Lleváis la chulería en las venas y eso os hace ser irresistibles.

—¿Ves? Vosotros, sin embargo, tenéis el *pantumaca*, y eso os hace ser cuanto menos... huuuummm, ¿gustosos?

Entre las dos llevábamos la implantación de un nuevo sistema informático para el departamento. Y desde el primer día conectamos de maravilla. Era una persona que solo con mirarte te daba tranquilidad y confianza. Y aunque fuese cuatro años más joven que yo, era como tener una hermana mayor, colega de confidencias.

Aquel día me la llevaba a que conociese a las chicas. Ya le había dicho que si le gustaba nuestro Club, su obligación era montar una sucursal en Madrid, que es donde vive cuando no da vueltas por España.

A eso de las siete apareció por el *open space* de finanzas. A esa hora solo quedábamos ella, yo y las cincuenta mil señoras de la limpieza que, como un ejército de hormiguitas, se ocupaban de dejar todo limpio para el día siguiente.

—¿Nos vamos?

—Envío un *mail* y listo.

Sonó el «tilín» de mi móvil. Mensaje de Pablo. Laura dice que siempre que es un *WhatsApp* suyo se me pone una cara de gilipollas que ni el alcalde de Lepe. Supongo que en ese momento esa era la cara que yo tenía, porque me hizo una media sonrisa más que condescendiente.

—Es él, ¿no? Qué oportuno es siempre. Pues hale, voy al baño mientras os escribís *La historia interminable*. Cuando vuelva te hago apagar el móvil.

La miré con ojitos de gatito pidiendo comprensión, y cogí el teléfono. Ahí estaba él. En línea. Era lo más parecido a tener una conversación normal:

«¿Qué tal el día?

¿Recibiste la foto?».

«Bien.

*Foto recibida.*

*Adoro corbatas color vino.*

*Pero no suficiente con corbata y tres botones de camisa.*

*Quiero selfie con morritos».*

«Nop.

*Eso no posible».*

«Snif».

«¿Ya para casa?».

«Nop.

*Hoy miércoles de Club. Me llevo a Laura».*

«¿Cómo anda de lo suyo?».

«Pues fatal.

*Ella con sentimiento de culpa.*

*Él llorando por los rincones».*

*«Lo que tienen que hacer es quitarse el veneno a polvos.*

*Así seguro que se les quita la tontería».*

«No sé.

*A mí me dan mucha envidia.*

*En las reuniones veo mariposas revoloteando».*

«Envidia NO y NO.

*Lo de estos se acaba en un mes.*

*Lo que tú y yo tenemos es más fuerte y profundo de lo que*

*ellos tendrán jamás».*

Me entró un escalofrío por la espalda, y sentí un calor suave subiendo desde mi entrepierna hasta las orejas que, como siempre en estos casos, se volvieron rojas como tomates.

Joder, Pablo. Tú, como siempre. Una de cal y una de arena. ¿Qué coño tenemos tú y yo? Nada; nada más que mensajitos en el móvil. Pero me alegras la vida como si fueses el pitillo de las

cinco o el *croissant* de los domingos. ¿Y ahora qué contesto? ¿Que te vengas y me lleves contigo al fin del mundo?

Me quedé ensimismada mirando la pantalla, saboreando la última frase con gusto a gominola de fresa, como si realmente lo tuviese allí, en mis manos.

—¡Tess, venga, que nos están esperando! —exclamó Laura, a la vez que me daba una colleja para despertarme de la tontería—. Apaga el puñetero móvil, que me tienes hartita hoy con tanto mensajito.

—Ok, no te pongas así. Ves, ni siquiera contesto —cogí el bolso y apagué el ordenador—. Vamos, vamos. Las Malotas nos esperan.

¿Y qué es una ‘Malota’? Buena pregunta. Miriam siempre decía que una Malota es una mujer maravillosa, especial, fantástica, casi perfecta, que por las circunstancias se había visto obligada a ser infiel.

¿Y cuáles son las circunstancias que te llevan a ser infiel? Pues la necesidad. La simple y llana necesidad de amor, de cariño, de deseo, de atención, de afecto, de mimos y de caricias, aderezada con un poco de búsqueda del placer y, en nuestro caso, una pizquita de terrible crisis de los cuarenta.

Y allí estábamos Laura y yo, con todos los síntomas de la enfermedad y persiguiendo el remedio en otros brazos que no eran los que teníamos en casa.

Laura pasaba más horas en mi empresa que en Madrid. Y las pasaba conmigo o con uno de sus compañeros de proyecto. Y como la vida de consultor es muy dura, salían de allí a intempestivas horas de la noche. Y el roce hace el cariño. Y la noche da pie a hacer tonterías. Y aunque Laura no llevaba casada ni un año, al puto cupido no se le ocurrió idea más brillante que empezar a disparar flechas sin ton ni son; y zasca... lío a la vista.

Cuando estaba intentando aparcar, sonó mi móvil. Era David, mi marido. Raro; él nunca llama ni coge el teléfono. El día que nació Marina tuve que llamar a su jefe para pedirle que si era tan amable de decirle al futuro padre de mi hija que acababa de romper aguas, y que si no era mucha molestia me gustaría que asistiese al parto. Pobre hombre; supongo que el tono que usé fue un poco histérico, y desde entonces siempre envía algún regalo el día del cumpleaños de la niña.

Me apoyé el teléfono entre la oreja y el hombro y seguí dando vueltas al volante.

—Hola, dime.

—Hola. ¿Qué tal estás? Te noto contenta.

«¿Te noto contenta?». Huy, era la primera vez en seis meses que comentaba mi estado de ánimo. Conociendo a David, el hombre con el mismo nivel de conversación que un maniquí de *Mango*, eso significaba que quería algo, o que se había dado un golpe en la cabeza con un martillo.

—Todo bien. ¿Qué pasa?

—No. Nada. Bueno. Sí... Hoy es la final de la *Champions*, y la quería ir a ver con Guille al *Barberetxu*; Marta le ha dicho que sí.

Marta es mi *masmiga*, y Guille es su marido; y como siempre estamos juntas, pues ahora Guille es el *masmigo* de mi marido.

—No, no, David, hoy no. Es noche de chicas. Dile a Guille que se venga casa y veis el partido en la tele. Te he dejado crema de verduras y hamburguesas preparadas, solo las tienes que calentar en el *micro*.

—Joder, Tess, que es la final.

Seis meses atrás le hubiese dicho: «Claro, cariño. Lo que tú quieras, amor. Ya deshago yo mis planes para hacerte feliz». Pero la nueva Tess, que había salido no sé muy bien de dónde, estaba rebelde como Han Solo en *Star Wars*, y por fin sabía decir que NO.

—Que no, David, que no. Que te lo dije hace días. Pero como no me escuchas nunca, pues ahí lo tienes —sonó un golpe seco y metálico—. Mierda. David, te cuelgo, que acabo de darle al coche de atrás.

Laura me miró divertida.

—Me encanta tu método para aparcar. ¿Cómo lo llamáis aquí? ¿Aparcar a *golps*?

—Ja, ja y ja. Graciosa. Anda, tira, que es aquí enfrente.

Cogí el bolso y la chaqueta. Aunque ya estábamos a final de junio, las noches eran bastante frías. Bajamos del coche y nos dirigimos hacia la persiana medio bajada del local. En letras blancas sobre fondo azul marino, se leía: «*NO TE CORTES—Peluquería Unisex*».

Golpeé la persiana metálica un par de veces. A los pocos segundos empezó a subirse, mostrando la puerta acristalada. Dentro, los butacones de tinte y corte estaban colocados en círculo alrededor de una mesita. Una mujer preparaba *gin-tónics* en la recepción, y otras cinco reían y charlaban animadamente mientras se miraban en los espejos gigantes que cubrían las paredes del salón de belleza.

—¡Tess! ¡Ya estás aquí! ¡Pensábamos que ibas a llegar tarde, como siempre! —exclamó Miriam mientras abría la puerta y se me abalanzaba a las mejillas para darme dos besos—. Y tú debes de ser Laura. Yo soy Miriam, encantadísima de conocerte.

Se giró hacia las chicas y gritó:

—¡Nenas! ¡Tess y nuestra nueva Malota acaban de llegar!

En un segundo, todas las integrantes del Club se apiñaron alrededor de Laura, regalándole millones de besos y abrazos, montando tal jaleo que parecían trescientas gallinas cacareando en un gallinero. Así que tuve que poner un poquito de orden.

—Chicas, no alborotéis tanto, que los vecinos van a llamar a los bomberos.

—¡Sí, sí, los bomberos! ¡Que vengan los bomberos, que vengan los bomberos!

—¡Y que se traigan las mangueras!

En un momento tenía a las trescientas gallinas pidiendo bomberos al ritmo de «*It's rainin' men*».

Nota mental: no volver a intentar poner orden en un foro de mujeres medio borrachas con ninguna frase que contenga la palabra 'bombero'.

Cuando las cosas se calmaron —después de diez minutos largos y porque se acabaron los sinónimos de objetos fálicos y palabras relacionadas con el fuego y el sexo—, Miriam, como buena anfitriona, tomó la palabra.

—Laura, bienvenida. Nosotras somos Paula, Patri, Nina, Sara, Elena —señaló a cada una de las chicas mientras las nombraba— y yo, Miriam; y junto con Tess, a la que ya conoces de sobra, formamos parte de lo que se nos ha ocurrido llamar el Club de las Malotas.

—Pero qué sería te pones cuando lo explicas, coño —Patri, en un momento, diluyó el ambiente formal que se había creado—. Ni que fuésemos un club satánico que hace ofrendas de mujeres vírgenes al demonio.

—No. Mucha virgen por aquí no encontrarás; como máximo alguna demonio rojo con moño rojo —apuntó Nina, mientras despeinaba la media melena color rubí a Miriam.

—¡Ay! No hagas eso. Con lo que me cuesta plancharme el pelo... —Miriam se alisó el flequillo con los dedos a modo de peine—. Resumiendo: Laura, este es un Club de amigas que tienen en común que han sido infieles, lo son o les gustaría serlo. Y solo existen tres reglas básicas. Primero, lo que se dice en el Club no sale del Club. Segundo, infidelidad nunca con ninguno de los maridos de los miembros. Y tercero, nada es reprochable; todo se puede y se debe contar.